



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“En síntesis”

p. 177-184

Víctor Manuel Castillo Farreras

La práctica social en el lenguaje de los nahuas

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2019

210 p.

(Cultura Náhuatl. Monografías 37)

ISBN 978-607-30-2582-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/711/practica_social.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EN SÍNTESIS

Tomando como punto de partida los elementos simples que intervinieron (intervinieron?) en el proceso agrícola realizado por los nahuas prehispánicos, puede verse que el *tlalchihuani* que labra la tierra, que proyecta en ella su capacidad física y mental (*tlalchihualiztli*) por medio de algún instrumento específico (*tlalchihualoni*), ya sea aguzado como el *huitzoctli* o como el inseparable *huictli*, con la finalidad de adecuarla a la producción de alimentos entre los que destacan el maíz y el frijol. Es así que al término de su labor inicial y por ello convertido en un labrador con experiencia (*tlalchiuhqui*), la tierra que antes fuera el objeto primordial de su trabajo (*tlalchihualli*) se presenta ahora como tierra cultivada (*tlalchihuiltli*), como un producto que servirá tanto de materia prima como de medio de trabajo para los siguientes momentos del mismo proceso en los que el agricultor se presente de nuevo como el que derrama la simiente (*tlapixoani*) o como el que excava los lomos de tierra para permitir su irrigación (*tlacuemitacani*), sin dejar de abonar y proteger el entorno en el que se desarrolla la planta hasta que brota el *xilotl* o mazorquilla con espigas que luego de aumentar sus granos como *chichipe-lotl* se convierta en *elotl* o mazorca tierna cuajada de granos y llegue el momento en que esté ya seca y dura como *centli*.¹

Se comprende entonces que en cada una de las últimas etapas, el agricultor (*tlalchiuhqui*) reaparezca cada vez como el *pixcani* que cosecha el *xilotl*, el *elotl* o el *centli*, pero también como el *tlazacani* que los acarrea y ensila, o como el *tlaoyani* que desgrana las mazorcas para obtener las semillas del maíz (*tlaolli*) que constituirán el principio para nuevos trabajos. Y así como los resultados de cada uno de los momentos de la producción agrícola van ingresando en los sucesivos procesos como

¹ Sobre los múltiples trabajos del proceso agrícola véase en Sahagún, *Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana [Códice Florentino]*, libro X, cap. 12, f. 28r-v, y libro XI, cap. 13, párr. 2, f. 249r-250r y 283r.

materia prima o medios de trabajo, también los granos del maíz seco y duro ya seleccionados previamente como simiente, ingresan en tanto condición para nuevos procesos productivos con la finalidad de conservar y realizar su utilidad no sólo en tanto medios para la subsistencia del individuo sino para la subsistencia del mismo proceso que los produjo.

En efecto, como resultados del proceso agrícola, tanto el *xilotl*, como el *elotl* y el *tlealli* se convierten en objeto o medios del proceso de producción de alimentos en el que resalta el hecho de que las mujeres, luego de alentar al maíz desgranado para que soporte el calor, lo ponen en ollas con agua y cal con el fin de quitar su cascarilla y de ablandarlo para hacer de su masa comidas de diferentes formas y sabores, como pueden ser las tortillas redondas o alargadas, delgadas o gruesas, asadas o tostadas, o hechas tan sólo de jilote, así como tamales guisados con distintos ingredientes o elaborados sólo de jilotes o elotes, además de las bebidas que solía hacerse con la masa de maíz diluida en agua o mezclada con otros vegetales entre los que destaca el cacao molido.²

Se entiende entonces que por sus propiedades nutritivas ya probadas durante siglos, y por las múltiples maneras de prepararlo con variados ingredientes igualmente cultivados, el *tlealli* o maíz se convirtió en el elemento primordial de alimentación tanto de Mesoamérica como de otras regiones más allá de sus fronteras. Pero también por las mismas razones se tuvo la necesidad de recrear cada uno de los momentos del proceso de la producción, no sólo del maíz y el frijol sino de los tomates y las calabazas, del amaranto y la chía, o del chile y el cacao, todos ellos como partes esenciales del consumo. Y es así que los modos de producir dados en el proceso agrícola global sentaron las bases para entender y precisar el contenido de las muchas relaciones sociales que todavía persistían en el lenguaje de los nahuas del siglo XVI.

Entre las más simples de esas relaciones resalta aquella en la que se manifiestan de inmediato las formas y funciones que en los diversos procesos laborales corresponden tanto al sujeto como al objeto de su actividad. Por una parte, es obvio que quien trabaja la tierra lo hace como un labrador, y que si esto lo hizo en el pasado, además de labrador

² Sobre la diversidad de comidas derivadas del maíz véase Sahagún, *Manuscrito...*, libro VIII, cap. 13, y libro X, cap. 19.

será ahora productor. Y de igual forma, puesto que la tierra fue primero el objeto de una actividad en movimiento y después el resultado de otra ya concluida, entonces no es sólo la acción sino el tiempo en que se realiza lo que hace de un simple labrador uno que es ya productor, tal como el individuo que hila (*tzahuani*) pero que al cabo resulta ser un hilandero consumado (*tzauhqui*), o como aquel otro que toma un licor (*tlahuanani*) y que a la postre se convierte en un auténtico borracho (*tlahuanqui*).

Pero si la relación se da sólo entre personas o entre éstas y las cosas que, como aquéllas, fueron consideradas sujetos pasivos pero también dignos o capaces de ser el término de una acción determinada, o que pueden, deben o merecen ocupar el lugar que corresponde al objeto de dicha actividad, es claro que su identificación implique dos aspectos contrapuestos de una misma expresión, uno pasivo y el otro activo, pero que se relacionan y condicionan de manera recíproca.

Es así que en el caso de la persona que fue considerada por otras no sólo amable sino capaz o digna de ser amada (*tlazotlalani*), la contradicción se disuelve porque si bien es cierto que ocupa el lugar del objeto lo es también por la razón que tuvo para convertirse en ello, de tal manera que puede verse no sólo como quien recibe afectos por haberlos promovido sino como quien los ofrece con la pretensión de merecerlos. Del mismo modo, cuando se afirma que el sobrino (*pilotl*) tiene necesidad de ser informado (*notzaloni*) y enseñado (*machtiloni*) por su tía, es porque al ser consciente de sus carencias el muchacho se convierte en objeto con el fin de aprovechar lo que aquella le informe y enseñe, pero dada su actitud reacia él mismo se hace digno de ser no sólo corregido sino castigado (*toctiloni*).

Pero si la misma relación es sólo entre las personas y los numerosos recursos de su entorno natural o social que, por ser objetos o medios del consumo individual o del productivo son receptores de una acción determinada, son también los que la promueven por su cualidad social. Es por ello que cuando se habla de todo lo que es comestible (*in ixquich cualoni*) se hace referencia a las frutas, legumbres o guisos que por su apariencia, aroma o sabor fueron capaces no sólo de estimular en los individuos la percepción de su atractivo creado de manera natural o social, sino de convertirse en la condición del sustento y



el disfrute humanos, lo cual implicó tanto a su consumo como al modo de consumirlos.

Y en lo que respecta a lo que fue condición para las múltiples formas del consumo productivo, basta mencionar el caso de los árboles que por su inveterada relación con la práctica humana y por sus diversas propiedades permitieron determinar cuáles podrían ser derribados mediante hachazos (*tepozhuiloni*) o ser sólo desmochados (*tzonteconi*), a cuáles se les puede partir (*tlapanoni*) o ser hendidos (*tzayanoni*) para obtener de ellos algún tablón o viga que a su vez pueda ser cortado (*in huepantli huel teconi*).

De modo hasta cierto punto similar al del árbol que por sus cualidades fue seleccionado como objeto que permite ser cortado (*teconi*) por algún talador (*cuauhtequini*), también el hacha de metal (*tepoztlí*) fue elegida para el mismo fin por su hechura con borde duro y afilado. Pero dado que el hacha se interpone entre la fuerza y el objeto de quien trabaja, como cualquier otro instrumento denota ser aquello que tan pronto como recibe la fuerza con la que generalmente se cortan los árboles (*cuauhtequiliztli*), lejos de asimilar la acción (*cuauhteco*) es capaz de encauzarla hacia el árbol, sea éste el elegido para ser tumbado con el hacha (*cuauhteconi*) o cortado con ella para convertirlo en leña (*cuauhtlateconi*). No obstante, es preciso señalar que muy a pesar de que la conformación de los nombres que definen a estos medios implique una acción impersonal, el talador puede afirmar que el hacha es suya por el sólo hecho de haberla utilizado en el proceso anterior (*icuauhtequia*), con lo cual se manifiesta una forma clara tanto de posesión como de apropiación de los instrumentos por el trabajo.

En suma, si el sujeto de un determinado proceso laboral cambia la forma de su objeto con el fin de hacerlo apto y atractivo para los diversos modos del consumo individual, mientras que los demás transforman los suyos en objetos diversos de uso inmediato o en medios de producción de nuevos objetos para el trabajo de otros, todos ellos confirman no sólo su destreza laboral, reiterativa o creadora, sino que revelan la designación pura y simple que se otorgó a cada una de sus actividades, tal como la que se dio a su posesión por algún sujeto activo o por otro pasivo, además de los supuestos que de ella emanan y que atañen al mismo sujeto que la realizó.

De tal manera, puesto que el sujeto que hace, labra o crea alguna cosa (*tlachihuani*) mediante algún instrumento (*tlachihualoni*), y que el objeto relacionado con su acción (*tlachihualli*) es algo que permite ser elaborado (*chihualoni*) y finalmente convertido en aquello que ya estaba en su mente (*tlachiuhltli*), es obvio que el *tlachihuani* sólo reproduce el mero acto de crear algo (*tlachihualiztli*) y que luego como creador (*tlachihuihqui*) pueda afirmar que la hechura de tal producto es suya (*itlachihualiz*) o que esa acción es la misma que acepta el sujeto pasivo (*ichihualoca*). Pero siendo una acción intransitiva como la de vivir (*nemiliztli*), misma que el sujeto ya había realizado (*onenca*) y que ahora toma para sí (*inenca*), su objetivo no puede ser la acción ni su producto sino todo aquello con lo que pudo entonces conservar su existencia y con lo que puede ahora continuar su personal modo de vida, algo que no es más que el mantenimiento de sí mismo.

Ahora bien, dado que todo proceso laboral presupone una relación determinada entre la cualidad socialmente atribuida a un objeto y la práctica social mediada por los sentidos físicos y mentales de quien actúa con el fin de adaptarlo a su propia necesidad, es claro que por la actividad específica del sujeto se confirme la cualidad de su objeto y que éste le pertenezca al tomarlo como la condición de su trabajo. Pero el hecho de que el sujeto convierta al objeto en la razón de su práctica específica no implica ningún cambio material sino sólo un nuevo vínculo entre ambos, es decir, entre el sujeto que aparece como relativo y el objeto como su equivalente, aunque en muchas ocasiones, al cambiar el lugar que uno y otro ocupan en esa relación, el que antes fue objeto puede aparecer como sujeto y este mismo como el objeto que ahora pertenece al otro.

Es esta la relación que establece la madre (*nantli*) con su hijo (*ipil*), pero también la del mismo hijo (*pilli*) con su progenitora (*inan*). Para el primer caso, se dice que la madre es *pillhua* no sólo porque el *pilli* se formó en su vientre sino por ser ahora el objeto de su desempeño materno mediante el cual lo sostiene e instruye (*ipilhuacauh*). Y a la inversa, si se dice que el hijo es *nane*, es porque convierte a su madre (*inan*) en la condición de su existencia (*inanecauh*) por ser ella el medio del que obtiene tanto el sustento como su protección. Pero si a la relación que establece el hijo con su madre se le agrega la familiar, comunitaria o

social, no sólo será *nane* sino *tahhua*, *tlahhua*, *cule* y *cihhua*, puesto que también dispondrá de la experiencia tanto del padre (*tahtli*) como del tío (*tlahltli*), tanto del abuelo (*culli*) como de la abuela (*cihtli*), los que a su vez podrán tomarlo como objeto de sus facultades respectivas.

De igual modo, por lo que respecta a cierto sacerdote llamado *teohua* o *teohuatzin*, resulta por demás obvio que la condición social de su existencia no fue más que su dios (*iteouh*) al que estaba estrechamente ligado por convicción y al que se dedicaba en la práctica asumiendo todo aquello que en conjunto constituía el objeto inherente a su específica actividad sacerdotal (*iteohuacauh*). Pero también es lo que se manifiesta en procesos de muy distintos trabajos, tales como el del *iztac teocuitlahua*, aquel que hace de la plata (*iztac teocuitlatl*) la condición particular de su existencia como platero (*iiztacteocuitlahuacauh*), en tanto que fue su objeto y sólo con ella podría continuar su labor.

Y puesto que el *mile* es aquel cuya condición social y práctica la constituye el sembradío que cultiva y protege (*imilecauh*), el *tlale* es también, de modo general, el que labra y siembra la porción de tierra que le pertenece, puesto que ambos están estrechamente vinculados a ella, de la cual se ocupan en tanto que es no sólo el objeto primordial de sus trabajos (*intlalecauh*) sino el medio para la germinación del grano y el crecimiento de las plantas, además de ser el medio o lugar en el que trabajan y habitan y por el cual delimitan el espacio vital que les corresponde y se definen a sí mismos como gente de esa tierra, tal como en el caso del topónimo *Culhuacan* que refiere el lugar de quienes disponen de los recursos y la experiencia de sus abuelos (*inculhuacahuan*), que no es más que la inveterada tradición cultural que los condiciona.

Pero considerando la indisoluble relación del proceso social de la producción con su entorno natural, resulta claro que la apropiación del objeto se haya realizado de manera general, esto es, sin importar que el sujeto sea del mundo animal, del vegetal o del inorgánico y que el objeto sea o no de la misma especie, aunque siempre aparezcan descritos mediante atributos más bien humanos.

Es éste el caso de la zorra o raposa que fue llamada *oztohua* por el simple hecho de haberse apropiado de la cueva (*oztotl*) al convertirla en un medio confortable para la crianza y el cobijo de sus hijos recién nacidos. Y de forma algo más compleja está el nombre *tlehua* que se

asignó no sólo a una serpiente sino a cierto sacerdote para denotar, en el primer caso, que la condición natural que distinguía a ese reptil no era más que el fuego (*tletl*), puesto que por medio de su ponzoña quemaba y mataba a sus víctimas, mientras que para el sacerdote fue la condición social y específica que lo distinguía puesto que por medio del fuego sacrificaba a los cautivos.

De manera semejante, si *mamaye* señala que los brazos y las manos (*mahtl*) constituyen la condición natural que media la actividad de los humanos, con ese mismo sentido se refiere no sólo a las extremidades de los animales sino a las ramas de los árboles. Y algo similar acontece con el término *icxe*, que denota no sólo los pies (*icxhtl*) del hombre o las patas del animal en tanto medios en los que uno y otro se apoyan y mediante los cuales se desplazan, sino los pies o las patas de ciertos productos del trabajo humano que, siendo trípodes como algunas vasijas (*xicalli*), los toman como sostén.

Otros casos algo más complejos son aquellos en los que intervienen nombres simples como los anteriores pero que una vez compuestos con el sufijo de apropiación pueden denotar, por sí solos o ya combinados, realidades muy distintas. Un ejemplo de ellos es el de *cuitlapilli* que al significar la cola o el rabo de los animales, su derivación a *cuitlapile* comprueba que se trata del mismo órgano pero utilizado de distinto modo por cada uno de los sujetos que intervienen, puesto que para los terrestres resulta ser un medio estabilizador y prensil o uno emisor de señales de alerta o de placidez, en tanto que los acuáticos lo toman como medio de locomoción y las aves se valen de su cola para fijar el rumbo y mantener su estabilidad.

No obstante, así como se consideró *cuitlapile* a los animales que disponen de sus colas en tanto medios de sus funciones específicas, lo mismo se hizo con determinados vegetales y ciertas formaciones geológicas. Entre las plantas se menciona a la jícama o *xicamoxihuitl*, no sólo porque su raíz primaria es el órgano por el que absorbe y acumula los nutrientes que requiere sino por ser el medio que bajo la apariencia de un rabo fija y sostiene a la planta. Del mismo modo, sobre los relieves del suelo se afirma que también el conocido *Chapultepetl* dispone de una “cola”, a pesar de que ésta no sea otra cosa más que la prolongación o estribación del mismo cerro en la que parece apoyarse.



Un segundo vocablo, hasta cierto punto complementario del de *cuitlapilli*, es el de *atlapalli* que Molina tradujo como “ala de ave, o hoja de árbol o yerba”, pero que una vez derivado bajo la forma de *atlapale* comprueba que tanto en uno como en otro de los sentidos otorgados hace referencia no sólo a las propias alas que las aves utilizan para volar y proteger a sus polluelos sino a las hojas que las plantas disponen como medios para realizar la fotosíntesis, además de que al desprenderse caen volando como alas.

Pero si la combinación de *atlapale* y *cuitlapile* aludió de manera primordial a la relación entre el cuerpo del ave y sus propios órganos naturalmente adecuados tanto para el vuelo y el cobijo como para fijar la orientación hacia el objetivo deseado, también resultó adecuada para describir lo que constituyó el fundamento del sistema político y económico de las poblaciones nahuas, que no es más que el mismo modo de apropiación dado ahora en un *altepetl*, población o cuerpo social en el que el *tlatoani*, como centro que ejerce el poder de la palabra, dirige, controla, vigila y favorece a sus propios miembros asentados a su entorno (*altepehuaque*), quienes a su vez, en tanto que macehuales o “pueblo de gente menuda”, lo elevan e impulsan y lo sostienen. Y es así que en la práctica social de los nahuas, de manera individual o colectiva, creadora o reiterativa, reflexiva o espontánea, todos aplicaron la misma forma de apropiación de los objetos o medios inherentes a cada una de sus facultades y a sus respectivas necesidades.